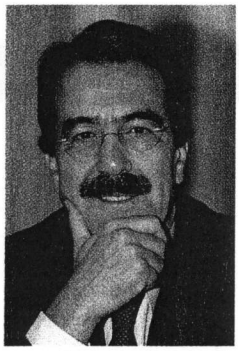
Conocimiento para competir



EMILIO ONTIVEROS
Consejero delegado de Analistas Financieros Internacionales (AFI) y catedrático de Economía de la Empresa de la UAM

La competitividad de una economía es el reflejo de su productividad; es, en consecuencia, el fundamento de su crecimiento potencial, del nivel de bienestar, en definitiva

La economía española tiene un problema de competitividad. Su más elocuente reflejo, aunque en modo alguno el único, es la magnitud alcanzada por el déficit por cuenta corriente de la balanza de pagos. Desde hace años ese desequilibrio es de los más abultados del mundo, en términos absolutos y en relación al tamaño de la economía. Los ingresos netos por servicios, básicamente los procedentes del turismo, se muestran cada día más insuficientes para cubrir la brecha comercial, en el entorno del 10% del PIB, la más pronunciada del mundo. En 2005, las exportaciones españolas han vuelto a perder cuota en el mercado mundial. También en 2006 el sector exterior volverá a drenar significativas posibilidades de crecimiento a la economía.

Confiar en que ese desequilibrio desaparecerá cuando la demanda interna española se modere o cuando ocurra lo contrario con la de nuestros principales socios europeos, no es precisamente la mejor de las soluciones. Tampoco debe tranquilizar el hecho de que la financiación de ese desequilibrio sea hoy, en el seno de la Unión Monetaria, algo más cómodo que cuando disponíamos de moneda propia. La contrapartida a esta indudable ventaja es la imposibilidad de ajustar el tipo de cambio para, cuando menos, conseguir un respiro competitivo. Ni la apreciación del euro desde 2002, ni el encarecimiento de la factura de las importaciones energéticas pueden tampoco constituirse en las explicaciones básicas a ese serio deterioro de nuestro saldo exterior.

Los fundamentos de la pérdida de competitividad, lamentablemente, hay que localizarlos en las limitadas capacidades de nuestra economía para diferenciarse exitosamente en un contexto internacional que ha cambiado de forma muy significativa a lo largo de la pasada década. El primer exponente de esas transformaciones del entorno es la emergencia de nuevos jugadores en la liga competitiva mundial, economías inicialmente menos avanzadas (China, India, Brasil o los países de la ampliación europea), con un coste más bajo del factor trabajo que, además, han sido capaces de fortalecer las habilidades de sus trabajadores, la calidad de sus políticas e instituciones, de sus infraestructuras, para atraer los flujos de inversión directa que hasta hace pocos años acudían a países como el nuestro. Paralelamente a esa redefinición del espacio competitivo, la explosión tecnológica asociada a la extensión de las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) ha permitido a las empresas que las han asimilado rápidamente generar ganancias de eficiencia en todas sus áreas de gestión que han impulsado la productividad del trabajo de sus economías. Esas mismas tecnologías han sido importantes cómplices de una dinámica de innovación en las economías más avanzadas que ha permitido superar la aceleración de la madurez de aquellos sectores más vulnerables a la presencia de las economías emergentes. La intensidad en conocimiento, en lo que fundamenta la innovación (la investigación, la difusión de nuevas habilidades, la extensión de infraestructuras tecnológicas), la generación de incentivos a la regeneración empresarial, en definitiva, es lo que ha permitido que algunas de las grandes economías, sin dejar de serlo, también se hayan modernizado: hayan respondido exitosamente a los retos de esa intensificación de la competencia derivado del cada día más explícito proceso de globalización. La española no ha estado entre ellas.

La competitividad de una economía es el reflejo de su productividad; es, en consecuencia, el fundamento de su crecimiento potencial, del nivel de bienestar, en definitiva. Y para conseguir aumentos de la productividad es de todo punto necesario hacer lo propio con las dotaciones de capital, con su intensidad en relación con el trabajo. Y la forma de capital más importante hoy en día es la constituida por la educación, las habilidades de las personas que trabajan, por las tecnologías disponibles y por la capacidad de la sociedad para fomentar la asignación de talentos a la asunción de riesgos, a la generación y adopción de innovaciones, en definitiva. Ese fortalecimiento de las dotaciones de capital tecnológico y humano ha de ser tanto más intenso cuanto más bajo sea el punto de partida, cuanto mayor sea el atrincheramiento de la economía en sectores poco intensivos en esas ventajas con las que se compite internacionalmente.

Justo durante esa década de emergencia tecnológica y ampliación del espacio competitivo, la economía española, lejos de asumir esos retos verdaderamente estratégicos, ha fortalecido un patrón de especialización en el que esas ventajas competitivas, las que a través del conocimiento hubieran permitido una diferenciación competitiva, no han sido precisamente hegemónicas. Las excepcionalmente favorables condiciones de financiación vigentes durante los últimos años no han sido aprovechadas fundamentalmente para disponer de un stock de capital como el requerido por esa liga competitiva, sino en gran medida para estimular la actividad del mercado inmobiliario hasta niveles sin precedentes. También durante 2005 los españoles han sido los activos inmobiliarios con la tasa de crecimiento de los precios más elevada.

La asimilación de esa espectacular concentración de esfuerzos (de financiación, de estímulos fiscales e incluso de talentos) en un solo sector aconseja una urgente generación de incentivos a la diversificación. Y la dirección de la misma no puede ser otra que la intensificación de las dotaciones de conocimiento y la eliminación de aquellos obstáculos que siguen impidiendo una asignación de los mejores talentos a la creación de empresas ubicadas en esos sectores que hoy lideran la generación de ganancias de productividad y, en consecuencia, de competitividad global. ◆